

Encuentros con Marc Vitse, un maestro en el arte de revelar

FLORENCE BÉZIAT

Université de Toulouse II-Jean Jaurès

Cuando llegué a la universidad de Toulouse, a los veinte años, para empezar un tercer año de licenciatura en Lengua y Literatura española, ya me apasionaba el teatro, y en particular las obras de Molière y de Marivaux. Así que escogí, entre las asignaturas optativas propuestas, una dedicada al estudio dramático de *El amor al uso* de Antonio de Solís. Guiados alternativamente por Frédéric Serralta y Marc Vitse, los estudiantes tenían, por un lado, que interpretar y representar pasajes de la comedia, y por otro aprender a analizarla. Fue el primer encuentro con Marc, y el primer choque. Descubría a la vez el teatro español del Siglo de Oro y una manera tan eficaz como sutil de comentar el texto siguiendo su desarrollo, fijándose, para cada fragmento estudiado, en su situación argumental, la evolución psicológica de los personajes, el interés dramático de la escena. Mientras que los rumores estudiantiles presagiaban a un monstruo temible por ser demasiado exigente, descubría a un maestro en el arte de dar a entender los textos clásicos.

Más tarde, cuando preparaba las oposiciones, asistí a las clases de Marc Vitse sobre *El perro del hortelano de Lope* y *El vergonzoso en palacio* de Tirso. Ya había seguido con él otras enseñanzas de literatura, pero esta vez, el reto era mucho más importante. Nuevo encuentro: segunda revelación. Siempre con humorismo y agudeza, con los ojos alegres, Marc nos hacía descubrir el universo de la Comedia Nueva y las especificidades de la comedia palatina. Los estudiantes más valientes se sumían en su libro: *Éléments pour une théorie du théâtre espagnol du XVII^e siècle* (Toulouse, Presses Universitaires du Mirail, 1988)... En clase, devanando el hilo de los textos lopescos y tirsianos, Marc nos llevaba

a identificar las diferentes etapas de la acción dramática, marcadas por los cambios de versos, a analizar el recorrido de los protagonistas y sus evoluciones. El triunfo del amor y de la juventud en la ficción teatral era contagioso: Marc sabía estimularnos y desencadenar el entusiasmo. Incluso en las últimas semanas, poco antes de las pruebas orales, tan estresantes, de las oposiciones, era capaz de provocar la exaltación, haciéndonos más confiados en nuestras posibilidades. ¿Cómo lo conseguía? Gracias a su ingenio, su amor por el texto, sus dotes de pedagogo, su generosidad sin límites hacia nosotros, su alegría comunicativa...

Tanto entusiasmo me condujo luego a trabajar sobre el teatro de Tirso de Molina y a elegir a Marc Vitse como director de tesis doctoral. Los jóvenes doctorandos como yo podían asistir a los talleres y seminarios del grupo de investigación sobre la literatura española del Siglo de Oro (LESO), fundado por Robert Jammes y entonces dirigido por Marc. Las sesiones de trabajo consistían, entonces como ahora, en examinar y comentar un artículo, una edición filológica o un estudio en curso, con el fin de mejorarlos. Mucho aprendí de estos debates. Aunque las críticas a veces pudieran ser difíciles de aceptar para los investigadores que se sometían a tal prueba, la única preocupación de Marc era, y lo es todavía, de hacer los textos —el objeto estudiado o su análisis científico— más comprensibles. Nuevo encuentro y nueva revelación: frente al texto clásico, el *homo vitsus* sabe como nadie detectar el verso o pasaje oscuro, interrogarse incansablemente sobre su verdadero sentido hasta que surja, de las interpretaciones de algunos colegas o de sus propias investigaciones en otros textos, la explicación coherente.

Al principio de los años noventa, también fue la época de algunos viajes de Tolosa a Madrid, en el microbús de la universidad, con motivo de asistir a coloquios de hispanistas en la Casa de Velázquez. Marc Vitse y Frédéric Serralta no dudaban en organizar y emprender la aventura con algunos doctorandos y profesores del equipo. Salíamos al amanecer para un largo periplo de más de ocho horas en un mismo vehículo azul bastante viejo. Bromas, chistes y confidencias animaban el viaje y fortalecían los vínculos con nuestros maestros. Yo iba descubriendo la sencillez, paciencia y profunda humanidad de Marc. Varias otras expediciones, esta vez a Pamplona para participar en los coloquios del GRI-SO en la universidad de Navarra, nunca desmintieron tales virtudes.

Como director de tesis, fue un guía y un consejero sin par. Lector incansable del trabajo de sus doctorandos, siempre dispuesto a ayudarnos proponiendo otras formulaciones, más claras y comprensibles, de nuestros escritos, capaz de explicar reiteradas veces y de manera diferente algunas cuestiones complejas que tiene la facultad de hacer sencillas, el eminente investigador también resultaba maestro en el arte de revelarnos a nosotros mismos lo que tímidamente intentábamos decir. Verdadera fuente de inspiración, despertaba el afán ingenuo de seguir sus huellas y desarrollar sus teorías. A partir de entonces, cada vez que se trataba de estudiar una obra de la Comedia Nueva, he decidido empezar por analizar su estructura, dividiéndola en macrosecuencias (o unidades de acción), siguiendo los cambios de versos y los demás criterios elaborados por Marc Vitse. Pero alcanzar al genio *vitsiano* es una misión imposible, al menos para mí, desde luego. Ya se sabe “que los sueños, sueños son” y que el pensamiento de don Marcos, como el águila de su santo patrón, se eleva hasta las más altas esferas del entendimiento. Tanta altura nunca le ha impedido, como se ha visto, dialogar con sus alumnos. Porque su humilde preocupación, esencial e inalterable, consiste en poner al alcance de cuantos se interesan por la literatura de la época los sutiles y complejos textos del Siglo de Oro. No seré por lo tanto la única en darle las gracias por ser como es.